

LA CRÍTICA HA DICHO...

«El autor refleja con filosofía el egocentrismo del mundo moderno y construye una pesadilla magnífica, al gusto del público millennial».

ALAN MOORE, creador de *Watchmen* y *V de Vendetta*

«Siempre había sospechado que Jason Arnopp era un genio y, ahora, tras haber leído su primera novela, sé que estaba en lo cierto. Jack Sparks es una creación literaria extraordinaria, inteligente y terrible, encantador y cruel, y con una historia tan terrorífica y creíble que casi no era capaz de apagar las luces a la hora de dormir».

LISA JEWELL

«Divertida, escalofriante, una locura».

PAUL TREMBLAY

«Una lectura extremadamente difícil de soltar. Impresionante, de escalofrío».

M.R. CAREY

«Jack Sparks es un personaje de película, absolutamente fascinante, divertido y contemporáneo. Su viaje al mundo de lo sobrenatural y sus desacuerdos con las fuerzas que pertenecen a dicho mundo son de lo más desternillantes, inquietantes, emocionantes y sorprendentes».

RON HOWARD

«Es uno de estos libros que me entristeció tener que soltar. Logra la difícil hazaña de ser terrorífico a la par que divertidísimo».

CHUCK WENDIG, autor *bestseller* del *New York Times*

«Más ingenioso que cualquier hijo que Stephen Fry y Charlie Brooker pudieran tener; más terrorífico que ver *El exorcista* en un asilo abandonado. De ritmo trepidante, original y, lo que es más importante, aterrador».

SARAH LOTZ

«Un libro que presagia el futuro de la era de las redes sociales».

CHRIS BROOKMYRE

«Original, inteligente, divertido y aterrador. Me ha tenido enganchado página tras página».

REBECCA LEVENE

«Un soplo de aire fresco, vívido y necesario».

JOHN HIGGS

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JACK SPARKS

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE JACK SPARKS

Jason Arnopp

Traducción de Jesús Cañadas



OBSCURA
editorial

OBSCURO, -RA

(oβs'kuro, -ra)

Incierto/a, de modo que infunde temor, inseguridad o desconfianza. Desconocido/a, mal conocido/a o misterioso/a.

Título original: *The Last Days of Jack Sparks*

© 2016, Jason Arnopp

© 2020, Obscura Editorial, S.L.

Avinguda d'Espugues, 77. 08034 Barcelona

© 2020, Jesús Cañadas, por la traducción

Primera edición: octubre de 2020

© Shutterstock, por las imágenes de cubierta

Diseño de cubierta original: Jack Smyth-LBBG

Composición de cubierta: Marc Vilaplana

Realización: La Letra, S.L.

Corrección de pruebas a cargo de José Cabello y Paz Ortuño

Todos los derechos reservados. Agradecemos que haya comprado una edición autorizada de esta obra. De acuerdo con las leyes de *copyright*, esta publicación no puede ser reproducida ni distribuida, ni total ni parcialmente, del mismo modo que se prohíben cualquier tipo de reproducción y comunicación pública de la misma sin el consentimiento previo por escrito del titular o titulares.

En caso de necesitar fotocopiar o escanear un fragmento de esta obra, diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>).

Printed in Spain – Impreso en España

Impreso en Gracel Asociados, S. L.

Av. Valdelaparra, 27, naves 18-19

28108 Alcobendas

(Madrid)

ISBN: 978-84-121988-1-2

Depósito legal: B 12805-2020

PREFACIO

En el corazón de la casa en la que crecimos mi recientemente fallecido hermano Jacob y yo había un agujero negro.

Al menos así era como lo llamábamos. En realidad, no era más que una pequeña habitación concebida en algún tipo inexplicable de diseño arquitectónico. Se trataba de un espacio más o menos cuadrado, situado justo en el centro de nuestro bungalow en el barrio residencial de Suffolk, en el que nos criamos. Carecía de luces, ventanas y cualquier tipo de ventilación. No era mucho mayor que dos probadores de tienda de ropa juntos. Tenía tres puertas de entrada, o de salida.

Nuestra madre, con el estilo pragmático que la caracterizaba, decidió sacarle partido a aquel espacio intermedio y colocó una hilera de ganchos en una de las paredes. A partir de entonces aquella habitación se convirtió en nuestro guardarropa.

Jacob, que con el tiempo se convertiría en el famoso a la par que infame Jack Sparks, compartía el mismo miedo instintivo que despertaba en mí mismo la palabra «guardarropa». Nos parecía un lugar en el que se guardaba no solo la ropa, sino la gente, así que el cuarto adoptó un aire siniestro que no hacía sino aumentar nuestro pavor. De hecho, al referirnos a él como «agujero negro», conseguimos perderle un poco el miedo. Un agujero negro era algo que la ciencia podía explicar.

El guardarropa era un sitio que nos esforzábamos por evitar. Siempre dábamos un rodeo en lugar de atravesarlo. Hacíamos de todo para no tener que entrar en aquel claustro de negrura viciada.

Cuando no podíamos evitarlo y nos veíamos obligados a en-

trar, se nos aceleraba el pulso. Soltábamos jadeos o incluso chillidos si por casualidad sentíamos un leve cosquilleo en la nuca al penetrar en él, porque indefectiblemente pensábamos que se trataba del frío aliento de un muerto.

El incidente sucedió un sábado del verano de 1983. Jacob tenía cinco años, cuatro menos que yo. Como pasa con todos los hermanos, entre nosotros había una especie de rivalidad, aunque lo normal era que conviviéramos bajo cierta armonía fraternal. Trepábamos a los árboles, íbamos en bici, jugábamos al fútbol juntos. Al acabar el día, nos apoyábamos el uno en el otro mientras renqueábamos de camino a casa, tras algún que otro percance que solía involucrar árboles, bicicletas o fútbol.

Este incidente fue debido a la más pura e infantil de las inocencias, aunque se me antoja inesperadamente relevante aquí, en un libro al que nunca hubiera esperado tener que contribuir. Estoy convencido de que esta anécdota servirá para arrojar algo de luz sobre el verdadero carácter de mi hermano y sobre, siento decirlo, la franca decadencia que desembocó en su fallecimiento.

Aquel día, la mayor parte de las ventanas de la casa estaban abiertas. El aire caliente ondulaba en el exterior. Nuestra madre estaba en el jardín, sobre una tumbona reclinable que a veces se rompía y la hacía maldecir tan alto que hasta los vecinos se quejaban. Mamá estaba armada con una de aquellas novelas de suspense que siempre andaba leyendo, un paquete de cigarrillos Silk Cut y su acostumbrada falta de crema solar.

Jacob jugaba abstraído con un cochecito en miniatura. Lo hacía correr arriba y abajo por el suelo del comedor, con la cara enrojecida de calor. Yo vi la oportunidad de echarnos unas risas, así que di un rodeo al interior de la casa y cerré por fuera todas las puertas del guardarropa, menos una. Incluso coloqué muebles tras ellas, para bloquearlas del todo. El arquitecto al menos había tenido la delicadeza de hacer que las puertas se abriesen hacia fuera.

Eché un vistazo por la ventana de la cocina y vi que mi madre se estaba quedando frita. El libro descansaba abierto de par en par sobre su vientre. Entonces le dije a Jacob que íbamos a jugar a un juego.

Jacob, le dije, iba a ser un cazafantasmas. Y yo sería el fantasma que lo perseguiría. Las reglas del juego eran sencillas. Tenía que pasar por el agujero negro tres veces seguidas sin que yo lo atrapase y lo convirtiese en un fantasma.

Jacob no parecía muy convencido.

—Pero si soy un cazafantasmas, ¿por qué tengo que correr?

—Porque te has encontrado conmigo —le dije—. Soy un fantasma demasiado grandote y malvado para ti.

Jacob se lo pensó y, por suerte, consintió. La trampa estaba lista.

Mi hermano corrió a saltitos delante de mí. Yo agitaba los brazos y hacía ruidos escalofriantes, pero sin correr mucho, para no atraparlo. Lo guie en línea recta justo hacia la puerta del guardarropa que había planeado. Jacob atravesó el comedor a la carrera y se sumergió en la oscuridad.

Yo aceleré para darle alcance, tanto que casi me resbalo, y cerré de un portazo tras él. A continuación, agarré el pomo con ambas manos, tan fuerte como pude, con los músculos de los brazos tensos, preparados para anticiparme a los empujones de Jacob para salir. Oí un golpecito amortiguado cuando Jacob intentó huir por las otras dos puertas y vio que no se podía. Su voz sonó apagada, como si llegase a través de una línea de teléfono defectuosa:

—¡Eh! ¡No se ab...!

Su voz se alejó, estaba intentando abrir la otra puerta. Otro golpecito, seguido de un grito desconcertado.

La sangre me retumbaba en la cabeza. Tenía bien agarrado el pomo de mi puerta, listo para el asalto, que dio comienzo en pocos segundos. Jacob empezó a forcejear y se topó con la resistencia irregular de lo que a todas luces eran dos manos humanas; su voz se tiñó con el color del miedo:

—¡Ali, basta! ¡Ali!

No había posibilidad alguna de que nuestra madre lo oyese, pero, aun así, Jacob emitió un chillido agudísimo. Un par de veces dejó de forcejear en vano, solo para reanudar los tirones con la esperanza de pillarme por sorpresa. Yo notaba los golpetazos cuando se lanzaba con todo su peso contra alguna de las otras puertas mientras llamaba a mamá a gritos. Sin embargo, no cedí. Puesto que no sonaba muy asustado ni se había puesto a llorar, estaba seguro de que mi bromita acabaría por hacerle gracia una vez que lo soltase.

Entonces, los gritos desde dentro del guardarropa se interrumpieron.

Los bíceps me ardían. Giré sobre mí mismo para poder apoyarme del todo contra la puerta. Intenté concentrarme en oír qué pasaba allí dentro, mientras veía a las moscas perseguirse entre ellas en el comedor.

Pasó lo que se me antojó un rato largo.

Nada.

Aquello empezaba a no hacerme tanta gracia.

—No te apures —le dije a través de la gruesa puerta de madera—. Te voy a dejar salir, ¿vale?

Solté una risita despreocupada.

No hubo respuesta.

A pesar de hallarme en una habitación inundada de luz solar, empecé a sentir una creciente inquietud.

Una imagen sutil y siniestra se me coló sin invitación en la cabeza.

Me imaginé a Jacob, cubierto con capas y capas de ropa, de pie en medio de la habitación. En el lugar donde debería estar su cara no había más que un hueco oscuro.

Experimenté la seguridad de que aquella figura espectral que había sido mi hermano ahora aguardaba en silencio a que yo abriese la puerta y lo viese. Supe que, en cuanto abriese, Jacob saldría del cuarto como una exhalación y me arrancaría las extremidades, una tras otra, sin dejar de reír.

—¿Jackey? —llamé.

Nada.

—¿Jacob?

Mi corazón, que hasta hacía unos momentos había latido con emoción en mi pecho, parecía ahora haberse puesto a dar golpes, ansioso por salirse del cuerpo.

Me embargó la preocupación por lo que le había pasado a mi hermano, por aquello en lo que se había convertido dentro de aquel espacio desconocido. Segundos después, vi lo que salía por debajo de la puerta.

El propósito de mi anécdota no es ni mucho menos darle más munición a los troles de internet, a esos que me echan la culpa de la dirección que tomó la vida de Jacob. No pretendo sino dar un atisbo de sus primeros años, para que se vea que era un niño capaz de reaccionar de forma inusualmente extrema a una broma que por otro lado resultaba de lo más inofensiva. En ese aspecto, al menos, tengo la conciencia tranquila. Asimismo, me ha parecido pertinente dar mi versión de los hechos, puesto que mi hermano incluye la suya en este libro. Jacob seguirá contando esta anécdota más adelante, aunque por desgracia lo que cuenta es una versión un tanto exagerada, mucho menos honesta que la mía.

A pesar de la avalancha de cobertura mediática que ha seguido a la muerte prematura de mi hermano a los treinta y seis años de edad, puede que un lector o lectora casual no esté al tanto de su trayectoria.

De niño, yo soñaba con trabajar en la industria del entretenimiento, aunque acabé siguiendo una carrera en el ámbito científico. Con Jacob sucedió justo a la inversa: siempre había tenido aspiraciones científicas, pero acabó convirtiéndose en escritor y, en última instancia, figura mediática. El primer paso de su carrera fue un puesto en el semanario *New Musical Express* en 1996. Aún hoy se me dibuja una sonrisa cuando recuerdo la llamada de teléfono con la

que mi hermano, que ya era un gallito arribista de dieciocho años, me anunció:

—¡Me han aceptado!

La revista *NME* le había encargado que escribiese la reseña de un álbum, el primer texto que publicó en su vida. Jack sabía bastante de música, aunque sus gustos diferían mucho de los míos. Cuando éramos adolescentes, de su cuarto solía salir una amalgama de Sex Pistols, Motörhead o Sisters of Mercy, mientras que en el mío se oía a los Pet Shop Boys.

Se cambió el nombre enseguida, porque consideraba que Jack Sparks sonaba mucho más guay. En aquella época yo estaba enterrado en mis deberes de bioquímica, pero me alegró ver que mi hermano iba camino de cumplir mi sueño de la infancia.

A raíz de aquella experiencia laboral, Jack nos dejó a mamá y a mí en Suffolk y se mudó a Camden Town, en Londres, para meterse en la industria hasta las cejas con su acostumbrada tenacidad. La verdad es que, para tener apenas veintitantos años, alcanzó una alta notoriedad. Se pasaba el tiempo cruzando el Atlántico. A pesar de que por aquel entonces no cayeron en mis manos muchos números del *NME* (aunque he de decir que siempre le pedía a Jack que me reservase algún ejemplar), me enteré de que su forma tan directa de conducir las entrevistas y sus opiniones inquebrantables generaban mucho debate entre los lectores. Este efecto polarizador siguió presente en su carrera, incluso cuando intentó expandir sus horizontes más allá del gueto de la industria musical.

Su primer libro de ensayo, *El viaje en un palo saltarín de Jack Sparks* (Erubis Books, 2010), relata de manera ligera y casi frívola su travesía de punta a punta de Gran Bretaña en un palo saltarín. Sin embargo, puesto que en su viaje no podía utilizar ningún transporte de motor, el libro también resultó ser un catálogo fascinante de las curiosidades obsoletas que se encontraban en las carreteras británicas menos transitadas.

En *El viaje entre pandilleros de Jack Sparks* (Erubis, 2012), se metió en aguas bastante más turbulentas, quizá a causa de las crí-

ticas de diferente índole que recibió el primer libro. La idea de que mi hermano se mezclase con pandillas violentas y documentase sus descubrimientos entre ellos me causaba bastantes reservas, pero por supuesto no habría servido de nada intentar convencer a Jack.

El libro de los pandilleros ganó el premio Sara Thornwood. Era innegablemente profundo y de hecho, al leerlo, se expandió de algún modo mi propia opinión sobre la cultura de los pandilleros tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos. Por aquella época, Jack empezó a ganar fama como acérrimo defensor del ateísmo. Hizo varias apariciones en programas de debate de la televisión inglesa como *Never Mind the Buzzcocks*, *Would I Lie to You?* y *Shooting Stars*.

Su tercer libro fue el que causó más revuelo y dividió a sus lectores. Ya solo el título, *El viaje a las drogas de Jack Sparks* (Eru-bis, 2014), le granjeó una buena cantidad de publicidad. La idea era que mi hermano probase todas las drogas habidas y por haber y documentase sus experiencias. Yo me opuse categóricamente a que lo hiciese. Nuestra relación se enfrió bastante, tanto a consecuencia de esto como de otros temas que surgieron en aquel entonces. Tampoco ayudó mucho el hecho de que las drogas volvieran a Jack más testarudo y difícil que nunca. Nuestra última discusión, que tuvo lugar incluso después de que hubiese entrado en rehabilitación aquel verano, es algo de lo que me arrepentiré mientras viva.

Por desgracia, soy consciente de que el último libro de Jack, al que pretendía titular *El viaje a lo sobrenatural de Jack Sparks* ha estado rodeado de polémica. Sé bien que ha estado rodeado de controversia desde el mismo momento en que se anunció su publicación. Hasta hoy he sufrido todos los tipos posibles de ataques *online* contra mi persona, con amenazas directas tanto a mi vida como a la de mi familia. Una trol de internet llegó incluso a presentarse en nuestra puerta una noche, armada con un cuchillo de carnicero. Esta persona ahora se encuentra entre rejas.

A pesar de que este libro ha recibido un apoyo considerable, también ha habido muchas voces que han pedido que se prohíba su comercialización. Algunos deben de pensar que no es sino un intento por mi parte de ganar dinero haciendo uso de una manio-bra bastante fría, cínica y carente de gusto, en especial porque Jack no tenía personas a su cargo. Un porcentaje de mis ganancias irá destinada a diferentes organizaciones caritativas de todo el mundo que se dedican a luchar contra las enfermedades neuronales motoras. He insistido varias veces en este último punto en las redes sociales, pero este tipo de mensajes se suelen perder entre la cháchara ensordecedora. No tengo el menor deseo de sacar beneficio económico de la muerte de mi hermano, pues es algo que aún me cuesta trabajo digerir. Trabajar en su libro ha resultado ser profundamente catártico. La editora de Jack durante los últimos cinco años, Eleanor Rosen, ha sido una gran ayuda en el proceso, y en todo momento ha estado a mi lado cuando ha sido necesario.

Ha sido una suerte que mi hermano solapase las etapas de documentación y de redacción de sus libros. Otros autores prefieren acumular una multitud de entrevistas grabadas, ideas lanzadas al aire y notas garabateadas a toda prisa, para organizarlo todo y darle forma de libro al final. Jack, en cambio, prefería ponerse manos a la obra desde el primer momento. Odiaba transcribir las entrevistas, así que iba incorporando todo ese trabajo mientras escribía.

Eleanor y yo, que hemos editado este libro a cuatro manos, apenas hemos corregido alguna que otra errata o fallos menores. Nos hemos esforzado por mantener el formato y el sabor del estilo de Jack, en especial en la segunda mitad del libro, donde dicho estilo se vuelve muy diferente. Ha sido decisión nuestra dividir la obra en dos partes. Asimismo, Eleanor apoyó mi decisión de mantener las notas que Jack le había escrito directamente a ella, que aparecen salpicadas por el texto.

Vaya por delante mi eterna gratitud y mi más sentido pésame a las familias de los fallecidos en el transcurso de este relato, quienes me han concedido el permiso de usar los nombres auténticos

de sus seres queridos. El resto de los nombres ha sido cambiado. Créame que la decisión de publicar *El viaje a lo sobrenatural de Jack Sparks* en su totalidad y sin la menor censura no ha sido fácil de tomar. Sé bien lo difícil que es leer el relato de estos horripilantes sucesos para aquellos que han perdido a un familiar en ellos. Sin embargo, también espero que este libro suponga algún tipo de conclusión que acabe con toda especulación inútil que se está llevando a cabo en internet... sobre todo en lo que respecta a la muerte de mi hermano.

Me gustaría agradecer a mi esposa Chloe y a nuestras hijas Sophie y Xanna el inmenso apoyo que he recibido por su parte.

Ojalá Jack nunca hubiese presenciado aquel exorcismo.

Ojalá Jack nunca hubiese tenido la oportunidad de ver aquel vídeo de YouTube.

Descansa en paz, hermano mío. Que sepas que te perdono.

ALISTAIR SPARKS